

El foro

El foro

Alez Delayer

Autor: Alez Delayer

Título original: El foro

Corrección y diseño portada: **Black River Correcciones**

Editorialblackriver.com

Editorial: Mibestseller.es

©Alez Delayer 2023

Gracias por comprar una edición original de este libro y respetar las leyes de *copyright* al no reproducir, escanear o distribuir esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que se sigan publicando buenos libros.

ISBN: 9789403692951

Agradecimiento:

A Mari y Rocky por acompañarme ambos cada día.

El foro

Unos golpes retumbaron por la casa poco antes de que los perros comenzaran a ladrar. Alice, retirando las mantas que la calentaban en aquella fría noche, tomó el abrigo que colgaba de la silla.

La luz del *walkie* sobre la mesita de noche se activó emitiendo el llanto de un bebé.

—¡Lo que faltaba! —exclamó apretando los brazos contra su pecho intentando retener el calor corporal mientras los perros irrumpían en la habitación y giraban alrededor de ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tom, que retiraba los tapones de sus oídos.

—Unos golpes me han despertado, los perros enseguida han comenzado a ladrar, y ahora Emma está llorando.

—¿Unos golpes? ¿Dónde? ¿En la puerta? —preguntó extrañado.

—Han sonado en la pared.

—¿En la pared? Debe tratarse de alguna tubería... Se lo comentaré a los de la caldera.

Alice, abandonando la habitación, se dirigió a la entrada principal.

La oscuridad, el frío y la humedad envolvían la casa, que proyectó desde su ventana una luz al exterior antes de que la puerta se abriera.

—¡Vamos, Toby..., Rufo! —animó a sus perros a salir en aquella gélida noche, para acto seguido dirigirse al cuarto de su pequeña hija. Con la luz encendida comprobó que su bebé se agitaba destapada fuera de la colcha y, tomándola entre sus brazos, intentó llevarla a la calma acercándola al calor de su pecho.

—Ya está, ya está, pequeñina, mamá está contigo.

Al comprobar que cerraba sus ojos, la volvió a arropar, y apagando la luz, se dirigió a la cocina.

Una bebida caliente le pareció una excelente idea para calentar su cuerpo antes de volver a la cama. Alcanzando una taza, la llenó de leche y, sirviéndose dos cucharadas de cacao, la metió en el microondas.

Mientras esperaba a que saliera el agua caliente para fregar lo acumulado de la cena, el microondas comenzó a arder seguido de una explosión, expulsando gran cantidad de humo, y Alice, con las manos mojadas, se dirigió a desenchufarlo.

—¡¡Espera!!, ¿¡qué haces!?! —advirtió Tom que aparecía alarmado por el estruendo que se había formado, comprobando que su mujer iba a desconectar el cable con las manos

humedecidas—. ¿Has metido la taza con la cuchara?

—No, ¿cómo iba a hacer eso!?

—Un microondas no explota sin motivo —respondió antes de abrir la puerta y comprobar que su interior se encontraba teñido por el humo.

—Mamá, papá, ¿qué ha sido eso? —preguntó Peter que se presentaba en la cocina.

—Nada, hijo, tu madre, que ha metido algo en el micro y ha explotado.

El joven quedó mirándola desde la entrada.

—¡Joder, Tom!, lo dices como si lo hubiera hecho aposta, ¿dónde lo compraste?

—En una tienda del pueblo, nuevo, a estrenar. Yo aún ni lo había utilizado.

—Ni yo —respondió Alice con gesto de asombro.

—Mañana lo llevaré conmigo y al salir del trabajo me pasará para que me lo cambien por otro.

Tom y Peter, tomando el pasillo, se alejaron de la cocina.

—Hasta mañana, papá.

—Hasta mañana, hijo.

Alice, mirando desencantada al microondas, apagó la luz y se dirigió a la entrada principal.

—¿TOBY? ¿RUFO?

La vaporosa niebla que ocultaba la noche y el gélido aire que irrumpía en sus pulmones con cada respiración provocaron que desistiera de un segundo intento, y colocando junto a la puerta las mantas de sus perros, cerró con llave y se volvió a dormir.

La pared

La luz de un nuevo día se adentraba por la ventana, Alice, frotando sus ojos, oyó el motor de un coche que a duras penas luchaba por arrancar.

Acomodándose sobre el colchón, alargó la mano para tomar su abrigo antes de salir, Toby y Rufo la esperaban en el pasillo.

—¡Chicos! ¿Dónde os habíais metido? —preguntó acariciándoles las cabezas.

Dirigiéndose al salón, observó una caja de herramientas abierta sobre la mesa, mientras, Tom, en el exterior, maldecía frente al capó del coche.

—¡Maldito trasto! ¡Voy a llegar tarde en mi segundo día de trabajo por tu culpa!

—¿Qué ocurre? —preguntó desde la entrada, abrigando su cuello para que el frío no se introdujera por él.

—No quiere arrancar, no sé si puede ser la batería o qué demonios.

—Llévate el mío.

—¿Seguro?

—Sí, luego intentaremos arrancarlo entre Peter y yo, tú vete y no llegues tarde; ahora dependemos de tu sueldo.

—Vale, cariño, ¿dónde tienes las llaves?
—preguntó acercándose a la entrada a la vez que le daba un beso.

—En mi bolso, colgado en la puerta de la habitación.

Tom tomó el pasillo y Alice se dirigió a la cocina, donde al entrar el olor a quemado le recordó la explosión de la noche.

—Nos vemos luego, pasad buen día —se despedía Tom cerrando la puerta.

—¡Espera! Lleva este trasto contigo y recuerda traer el nuevo.

—¡Cierto! —exclamó dirigiéndose a ayudarla.

—A ser posible trae otro que no explote.

—Cariño, es tan solo un microondas, vale cualquiera, este es de la marca «el más ba».

—¿El más ba?

—Sí, ¡el más barato! No creo que ningún fabricante esté interesado en vender microondas explosivos.

—Pero qué tonto eres, anda, pasa un buen día.

—Y con una sonrisa se despidieron.

La mañana transcurría tranquila. Alice se encontraba en el salón buscando guarderías antes de comenzar el próximo lunes con su nuevo trabajo de empaquetado de frutas y verduras mientras Emma, en el andador, recorría la estancia.

—¡Mamá! ¿Cuándo funcionará la calefacción? ¡Parece que duerma en una nevera! —preguntó Peter irrumpiendo en el salón.

Alice, girándose hacia él y retirando sus gafas, respondió:

—Hoy o mañana, no creo que se demoren mucho más.

—Espero que sí, voy a tener que dormir con el abrigo puesto y, mamá, ¿esos pájaros? Son muy molestos.

—¿Qué pájaros?

—Esta noche los he oído, pero ha sido ahora hace un momento cuando uno se ha posado sobre mi ventana y al ir a espantarlo ha comenzado a picar en el cristal como si intentara romperlo. No tenía miedo de mí.

Alice lo escuchaba con atención.

—Peter..., no quiero ser yo la que te lo diga, pero es que no impones nada.

El joven, al oír aquello, cambió su rostro preocupado dejando escapar una sonrisa.

—Mamá..., si no impongo, es por haber heredado tu diminuto tamaño —respondió yendo a la cocina.

—¿Qué buscas?

—Algo caliente, leche con cacao y unas galletas estarían bien.

Colocando sus gafas sobre la mesa y cerrando la tapa del ordenador respondió:

—Deja, te caliento la leche en un cazo, iba a prepararme un café. ¿Por qué no te vienes a la cocina con tu hermana y conmigo? Así nos protegemos del feroz gorrión asesino que golpea en tu ventana.

Dejando escapar una risa, el joven respondió:

—No es un gorrión, es mucho más grande, pero está bien, terminaré los deberes aquí con vosotras.

Emma se encontraba en el salón intentando dar caza a Toby y a Rufo en su andador, mientras, Alice preparaba el almuerzo, y Peter, junto a ella, se balanceaba sobre las patas traseras de la silla.

Desde la cocina, el andador se oía recorriendo de esquina a esquina la pequeña estancia hasta que este paró y los perros comenzaron a ladrar de forma agresiva. Peter, sorprendido, perdió el equilibrio, cayó y se golpeó la cabeza contra la pared.

Alice soltó el cuchillo y asomándose tras la mesa comprobó que Peter, aunque tirado en el suelo, se encontraba bien; se encaminó entonces al salón, donde vio a Emma apartándose asustada de los perros, que ladraban enfurecidos hacia el techo.

Tomó a la pequeña en brazos y se adentró de nuevo a la cocina.

—Hijo, ¿estás bien?

—Sí, mamá —respondió frotando la parte trasera de su cabeza con la que se había golpeado, y dirigiendo la vista al lugar del golpe exclamó—: ¡Mira! ¡Se ha roto la pared! —indicó sorprendido mientras con los dedos retiraba pequeños trozos haciendo el orificio más grande.

—Da gracias a que sea de pésima calidad, si no el golpe en tu cabeza hubiera sido otro.

Peter, apartando la vista de su madre, miró a través del agujero en el que parecía haber un doble fondo, y sacando su móvil del bolsillo, activó la linterna para observarlo.

—¿Qué es eso? Parece papel antiguo.

Alice, asomándose, comprobó que su hijo tenía razón.

—Sí, es papel pintado y por lo que se ve tiene bastantes años.

Ambos se miraron extrañados y Peter preguntó:

—Papá dijo que era una casa nueva, ¿por qué hay entonces otra pared tras esta?

Mientras permanecían en silencio, unas antenas asomaron tímidamente por el agujero antes de mostrar a una enorme cucaracha que

abrió sus alas y echó a volar al interior de la cocina, dando paso a otros insectos que comenzaban a salir.

Quitándose con rapidez la sudadera por encima de su cabeza, Peter la usó a modo de tapón, y alzando la vista para ver a su madre que se encontraba de pie junto a él, preguntó:

—¿¡Mamá!?, ¿¡qué mierda es esta!?

—¡¡Peter!!, habla bien..., con ese vocabulario no solucionarás nada.

—¿Solucionar? Pero ¿has visto esto?

En tono nervioso la madre respondió:

—¡Claro que sí! Le preguntaremos a tu padre cuando venga.

—Y ¿qué les pasa a Toby y Rufo? —preguntó en medio del revuelo producido por los constantes ladridos de los perros, que se oían desde el salón.

Alice, con Emma en brazos, y junto a Peter, se asomó. Los animales continuaban ladrando con insistencia al techo donde justo debajo se encontraba acomodado el sofá.

—¡Toby! ¡Rufo! Parad ya —ordenó el joven.

Pero los animales, completamente cegados, proseguían con los ladridos dejando a la vista sus colmillos, mientras, Emma, atemorizada por el ruido y el ambiente enrarecido, comenzaba a llorar en brazos de su madre.

—Salgamos. Iremos al coche de tu padre.

—¡Mamá! Pero... ¿qué les pasa? Ellos no son así.

—Hijo, no lo sé —respondió cerrando tras su paso mientras aupaba a la pequeña con intención de calmarla.

—¿Has visto sus caras? ¿A qué le ladran? La madre, dirigiéndose al coche, abrió la puerta trasera y colocó a la pequeña en el asiento.

—Peter, ¿te acuerdas cuando en la otra casa dejabas algo sobre el sofá y también se asustaban? O puede que haya sido al ver la cucaracha.

—Mamá..., has visto el doble fondo, esta no es una casa nueva, ¿por qué me engaáis?

—No digas eso, no es verdad. Desconozco si tu padre lo sabía, pero por lo que me dijo, él también pensaba que era nueva.

—¡A menudo lugar nos hemos mudado! Entre el frío, los pájaros, el doble fondo, los insectos y Toby y Rufo ladrando a la nada, no voy a poder dormir por el acojone que tengo.

En ese momento, los perros pararon.

—Espera aquí con tu hermana.

Alice se encaminó hacia la puerta y, colocando la mano en el pomo, la abrió lo suficiente para meter su cara por ella.

El salón se mostraba en calma y los perros no solo habían dejado de ladrar, sino que también desaparecieron.

Abrió la puerta por completo cuando estos, gimiendo y asustados, salieron a toda prisa cruzando bajo sus piernas, provocándole un tremendo susto que le hizo llevar sus manos al pecho.

—¿Qué habéis visto? —preguntó mirando al techo mientras un escalofrío recorría su nuca.